

Juan Pablo II, líder de masas

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA revista L'Express comentó del Papa Wojtyla, cuando estuvo en Polonia: "En el transcurso de este delicado viaje, Juan Pablo II no cometió ningún error". Al contrario: estimuló a las masas, y —al mismo tiempo— respetó al Gobierno socialista, que está siempre en situación difícil por su significado irreligioso en un país en donde el catolicismo está profundamente arraigado en el pueblo.

Otro tanto podemos decir de este viaje, hecho como triunfal "super-vedette" popular a la católica Irlanda y a la protestante Norteamérica. Con una habilidad que desborda todas las previsiones, ha sabido conquistar al más numeroso público congregado ante una figura humana en ambas naciones y —al mismo tiempo— ha conseguido abordar los más difíciles temas —la violencia irlandesa, la tradición protestante americana y la moral tradicional— sin que las masas se sintieran defraudadas por su palabra. Ni siquiera las minorías más conscientes se han atrevido a contestar ninguna de sus afirmaciones, sino que una buena fracción del IRA reconsidera sus advertencias morales pacificadoras, y el público estadounidense no reacciona negativamente ante la rígida moral conservadora expuesta por él.

Ese es el sino de los verdaderos líderes populares: entrar por la ajena, para salirse hábilmente con la suya, como aconsejaba el seminaquiavélico San Ignacio de Loyola hace cuatro siglos.

Todo ello nada tiene que ver con el fondo de la crisis religiosa occidental, tal como la ven las minorías intelectuales, sean del clero o del laicado católico. Y eso es lo preocupante; y lo que da que pensar de este triunfal viaje pontificio, para darse cuenta que los intelectuales católicos viven perpetuamente en las nubes creyendo que sus deseos son realidades ya.

Wojtyla no puede desprenderse de su experiencia polaca y, con arreglo a los módulos aprendidos en la lucha por él llevada en su país, así enfoca su pontificado y decide sus acciones.

De ahí que haya elegido dos países de características estructurales semejantes dentro del catolicismo para su espectacular viaje. En Polonia le ha dado resultado la mezcla de tres ingredientes: 1)

aunar las fuerzas católicas en torno a la lucha por la libertad religiosa, sin que se produjeran fisuras importantes en el pueblo creyente, para lo cual consiguió una disciplinada cohesión en el clero y los fieles ante el enemigo común; el problema del celibato, del aborto y del matrimonio cristiano por eso mismo apenas fueron allí problemas hasta ahora; 2) dejar de lado la actitud "martirial" de otros líderes eclesiásticos en los primeros tiempos de los países socialistas, como la de Mindzensty, y aunar el testimonio religioso claro con la habilidad diplomática para no crear tensiones innecesarias; 3) adoptar una actitud plenamente popular por su postura de acogida y por los rasgos de afectividad que desencadenan el entusiasmo de los sencillos.

Convenientemente mezclados estos tres ingredientes, han producido un "cock-tail" de fuerte entidad y suave paladar externo. Eso es lo que ha hecho hasta ahora en su pontificado Juan Pablo II, a pesar de las reticencias del progresismo católico de casi todos los países, y muy particularmente del español. Progresismo que públicamente ha sido casi barrido por estos efectos inteligentes y medidamente teatrales del primer Papa polaco sentado en el Soglio pontificio.

Irlanda, la católica, tuvo que luchar duramente contra el protestantismo anglo-sajón y por eso se apiñó en disciplinado y vital orden de batalla para poder resistir y vencer. Y lo mismo le ocurrió a Norteamérica, en la cual la minoría católica, despreciada y combatida por el protestantismo mayoritario —que era la religión más difundida entre los emigrantes—, tuvo que salir a flote aunando fuerzas bajo unos módulos de disciplina eclesiástica fuerte, plenamente aceptada por el pueblo católico de aquel país para poder pervivir religiosamente en un ambiente hostil.

Lo mismo que ha sufrido siempre a la católica Polonia ante la protestante Alemania, o ante la cismática Rusia de ayer; y hoy le ocurre ante el régimen marxista irreligioso de influencia soviética. Por eso —porque ha conocido un éxito grande con su hábil actitud— pretende apoyarse para su acción universal en su experiencia local, con el fin de re-

montar al decaído catolicismo occidental de nuestros tiempos.

Irlanda es un país de vivo catolicismo popular todavía, y Norteamérica tiene una Iglesia católica nacida de los inmigrantes más pobres (irlandeses, italianos y polacos).

De ahí que un análisis de sus discursos —del Papa en su viaje— descubriera la sutileza con que ha tenido en cuenta Juan Pablo II las características del catolicismo autóctono de esos dos países visitados. En Irlanda habló de la devoción popular a María y centró su acción principalmente en el santuario mariano de Knock, y en Norteamérica insiste en la justicia social con los pobres, sean individuos o pueblos, porque sus oyentes católicos han pasado por esa misma dolorosa experiencia.

Y en todos ellos ha recordado también algo que todavía no ha entrado en las masas, la moral sexual al día, el aborto y el celibato eclesiástico, y sigue insistiendo en defender esquemas conservadores que son los que preocupan a esas masas sencillas, inquietas por la disgregación social y religiosa del momento que vivimos en Occidente, al no saber prescindir de sus propias estructuras mentales derivadas de su experiencia social, política y religiosa conservadora que les permitió hasta ahora estar unidos contra el enemigo común.

Un Papa vital hasta el avasallamiento, hábil con las masas, captando instintivamente los simples y emotivos anhelos del pueblo ha hecho un viaje triunfal que ha dado una inyección importante a ese catolicismo popular ambiguo que a muchos les parecía en vías de superación. Y ha mezclado en sus discursos también tres elementos que, a primera vista, parecen incoherentes, pero son de gran fuerza en el contexto donde habló: 1) una moral conservadora, como réplica a la que le parece disgrega al pueblo sencillo; 2) una inquietud social abierta, dentro de las estructuras occidentales; 3) un llamamiento a la pacífica libertad para todos, sin privilegios. ■